

El obispo y la concejal

Santos Juliá, *El País*, 29/01/1995

Llevamos ya perdida la cuenta de los asesinatos que han sido precisos para que el obispo de San Sebastián baje a presidir el funeral por una de las víctimas, y para que una concejal del Ayuntamiento de la misma ciudad establezca cierta distancia entre su conciencia y la organización en la que milita y que durante años no sólo ha silenciado o justificado esos crímenes sino que los ha exigido, alentado, jaleado. Asombra que esas iniciativas causen sorpresa porque, al cabo, desde el punto de vista moral, es exactamente igual que el asesinado sea el dirigente vasco de un partido político que el último guardia civil español. Que no hayan entendido eso los oficiantes de funerales y los concejales de ayuntamientos constituye una prueba más, si falta hacía, del abismo de amoralidad al que obliga a descender a tantas gentes por demás pacíficas y honestas la familiaridad con el crimen.

De ahí ahora el "desconcierto" y la "frustración", por decirlo con palabras del obispo, ante esa "intervención de carácter armado en el campo de la lucha político-institucional", por utilizar el no menos sofisticado lenguaje de la concejal. Y de ahí que el desconcierto se convierta en condena y rechazo de lo que, sin embargo, estaba en la entraña misma de la opción por el terror como arma política. Es falso que los nacionalistas que recurren al crimen en el intento de construir un Estado a la medida de su etnia detengan la marcha cuando la nuca que se ofrece al cañón de su pistola pertenece a alguien de su mismo grupo étnico. El nacionalista liquida al judío, desde luego, pero no se detiene ante el hermano de sangre si el hermano se conduce como un traidor, reservándose el mismo nacionalista que esgrime la pistola la última palabra para decidir en qué momento uno del grupo ha dejado de ser uno de los nuestros y se ha transmutado en uno de ellos.

Esto es lo que otorga al asesinato de Ordóñez una diferente carga política y lo que mueve al obispo a salir de palacio y a la concejal a removerse en su escaño; no que sea moralmente distinto del de un policía nacional, sino que es políticamente otro porque revela una dimensión que hasta ahora podían disimular quienes a base de circunloquios y eufemismos no se han atrevido a llamar crimen al

crimen y a actuar en consecuencia: que el grupo étnico no es, nunca ha sido y nunca será, la raya que limita la comisión del "acto": que los SS liquidaron a los SA antes, y como entrenamiento, para cebarse luego con judíos, polacos y otros maquetos que pasaban por allí; que los nacionalismos étnicos requieren una buena partida de hermanos traidores que llevar a la cuneta con objeto de que todos los que sientan la debilidad de rechazar en nombre de la moral y la piedad el asesinato del vecino del segundo por el solo hecho de ser judío o español mantengan la boca callada, la mirada baja y el paso de la oca.

Los nacionalismos étnicos que recurren al terror constituyen una forma de religión secular fanatizada que, como todo fundamentalismo, se consume en la marginalidad si no es capaz de suscitar un seguimiento de masas. Cualquiera que se levante, diga "no" y sea escuchado, se convierte por lo mismo en reo de muerte. Y a eso es a lo que condenaron a un vasco que se atrevió a no tener miedo y que, como dice alguien que no empuña las armas pero las alienta, se lo andaba buscando. No lo buscaba porque fuera él a su vez armado sino porque al abrir la boca y no bajar los ojos consiguió más votos que sus adversarios y desnudó con su palabra y su mirada la inanidad del mito del pueblo vasco oprimido en que se funda aquella religión.

El obispo y la concejal disponen ya, disponían en realidad desde hace cientos de asesinatos, de todos los datos para saber con quién tienen que habérselas. De su coraje político y de su rearme moral, y de su capacidad para llorar por el dolor de las víctimas, dependerá que deje de gravitar sobre todos nosotros el horror de tanto crimen.

Negociar la paz ¿de qué guerra?

SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 12/03/1995

Cuando, el día 11 de diciembre de 1987, once personas -entre ellas, cinco niñas- fueron asesinadas por la única culpa de vivir en la casa cuartel de la Guardia Civil de un barrio de Zaragoza, el triunfo de ETA sobre el Estado habría consistido en que una expedición punitiva formada por miembros de ese cuerpo hubiera asesinado al mismo número de vascos por la sola culpa de frecuentar algún local de Herri Batasuna. Ese habría sido el gran triunfo de ETA porque eso habría sido la guerra, que es lo que ETA dice que hace cuando coloca un coche bomba en el aparcamiento de un supermercado. Tan habituados estamos a que la serenidad impere en las ceremonias fúnebres de tantos centenares de personas asesinadas por ETA que casi hemos llegado a olvidar que una respuesta de ese tipo entra en lo que puede considerarse una reacción humana natural y, en algunas sociedades primitivas o regidas por códigos de honor, hasta obligada.

No somos primitivos, aunque no acabamos de sacudimos los códigos de honor. De ahí que, cuando hay que dar cuenta del crimen, se recurra a la dinámica de acción / reacción tan a menudo invocada por la alta clerecía donostiarra o a la solidaridad de cuerpo que acaba de recordar el teniente general Sáenz de Santa María para explicar un crimen supuestamente perpetrado por guardias civiles juramentados ante el cadáver de una compañera. Aunque siempre prediquen la paz, militares y clérigos fundamentalistas son quienes mejor conocen el lenguaje de la guerra: tú me matas a uno de los míos, yo te mato a uno de los tuyos. El padre, si está armado, venga la muerte del hijo, el hermano la del hermano, aun si la venganza se cumple al final sobre la propia sangre, como muestra la hermosa película *Before the rain*.

Algo de vértigo da asomarse a ese abismo y sentir su profundidad, pero, mirándonos en el espejo yugoslavo de *antes de la lluvia* o de después de la destrucción del Estado, quizá no convenga olvidar que no hace tanto tiempo aún, en la noche de un verano madrileño y ante el cadáver de un compañero asesinado, un grupo de guardias de Asalto, al mando de un capitán de la Guardia Civil, salió

a tomarse la justicia por su mano y asesinó al primer líder político que encontró en su camino. Aquella venganza evidenció por sí sola el inminente derrumbe del Estado republicano y, si no desencadenó la guerra civil, la legitimó para todos los que comulgaban con los ideales del político asesinado.

Hemos recorrido desde entonces un largo, larguísimo, camino en la construcción de un Estado de derecho que establece, por la voluntad de la mayoría de sus ciudadanos, incluidos los vascos que votaron el Estatuto, el marco pacífico de resolución de conflictos. No se trata, pues, de negar la existencia de un conflicto o de un "problema vasco", sino de rechazar su permanente invocación como coartada para el crimen con objeto de exigir luego una negociación con los asesinos. A pesar de la firme voluntad de un grupo de vascos de declarar la guerra no ya a España, sino a otros vascos que desarrollan su acción política dentro del marco legal, nadie está en guerra con Euskadi.

Y, si nadie hace la guerra a Euskadi, nadie puede negociar la paz. Afirmar, como José María Setién y Jonan Fernández, que la violencia es una "derivación" de las "raíces políticas del problema vasco" vale lo mismo que excusar a los GAL como una derivación de la ofensiva de ETA. El recurso al terror no puede tratarse como una manifestación de violencia colectiva, sino como una opción libre y racional tomada por individuos concretos con vistas a la obtención de fines políticos. Si los poderes del Estado juzgan a los presuntos responsables de los GAL, tiene que ser la sociedad vasca la que termine con ETA rechazando la falacia de que, puesto que hay guerra, es preciso sentarse con los mandatarios de los asesinos para negociar la paz.

Al poder por la muerte

SANTOS JULIÁ 23/04/1995

Mil años ha costado a los europeos encontrar la fórmula que disociara los términos de la ecuación entre el poder y la muerte. Rodeado de un halo épico, la muerte fue en el origen mismo de la idea y de la realidad de Europa el camino hacia el poder. Los nobles que competían por el trono sabían que el precio de la victoria era la muerte o del padre o del hermano: la guerra fue durante todo el tiempo del feudalismo una actividad estacional, como la siega o la siembra. Y la muerte del rey, que los revolucionarios fundadores de la libertad perpetraron como última de las muertes necesarias, dio paso sin embargo, en el corazón mismo de la Europa cristiana al reino del terror. El Estado moderno, que proclama la inauguración de un tiempo nuevo de igualdad, libertad y fraternidad, se ha construido sobre un montón de cadáveres.

Fue preciso que Europa atravesara la experiencia de la muerte absoluta y apurara hasta el fondo la copa del Mal Radical, al que Jorge Semprún dedica su más hermoso libro, para que los principios que informaron la revolución liberal se sacudieran las adherencias de terrorismo jacobino. El triunfo de la democracia sobre el campo de concentración nazi y sobre el Gulag comunista fue el resultado más improbable -en realidad, sin el aporte de sangre americana no habría sido posible- de una historia milenaria en la que el trato con la muerte acabó por conducir a Europa al borde de su propio exterminio. La democracia puede ser aburrida y corrompida, pero no mata. Por eso, la última ideología totalitaria de nuestro tiempo, el nacionalismo de base étnica, que atribuye a la colectividad una sola voluntad individual de la que unos dirigentes pertrechados con las armas de la muerte se erigen en únicos intérpretes, necesita enfrentarse a un enemigo que esgrima también la muerte como vía hacia el poder o como instrumento para mantenerse en él.

Apretando el gatillo contra Ordóñez o haciendo estallar el coche bomba contra Aznar, ETA no ataca a la democracia porque destruya una alternativa de Gobierno o porque descabece al partido de la oposición; la ataca porque con esos atentados, y con los cientos de asesinatos que los han precedido, pretende despertar al nacionalismo español que imagina adormilado, como soterrado,

sólo a la espera de que una gran convulsión acabe por excitarlo y sacarlo otra vez a la calle. Nada desearían más los nacionalistas vascos que una multitudinaria manifestación de nacionalistas españoles enarbolando banderas de muerte y clamando en la calle, en perfecta simetría con sus propios gritos mortíferos: “¡Guardia Civil, mátalos!” Nada desearían más que un Partido Popular llevado al poder en una oleada de vengativa indignación españolista.

Buscar otra racionalidad a los crímenes de ETA no conduce más que a su justificación. Dirigentes de partidos nacionalistas y jerarquías de la Iglesia vasca, en sus miserables cálculos políticos y como fondo de sus patéticas exhortaciones a la negociación, han atribuido la causa del resurgir de la muerte como instrumento de la política a una mítica injusticia sufrida desde tiempo inmemorial por el pueblo vasco. Esta línea de razonamiento, compartida de buena gana por los propios terroristas, exige percibir al Estado español como un ente ajeno, sobreimpuesto al pueblo vasco, como su ocupante forzado. Pero como ese argumento no pasa de ser una invención, ya se encargarán las bombas de hacerlo visible provocando una reacción a la medida del ataque. De ahí el acierto, inmediato, rotundo, de los dirigentes del Partido Popular al reaccionar como demócratas, no como nacionalistas españoles, y no responder a los atentados en el terreno al que sus asesinos quieren arrastrarlos. Aznar afirma que ya no le queda ninguna prueba que pasar y, en verdad, quien atraviesa vivo por la prueba de la muerte sin clamar venganza está preparado para gobernar en democracia: sólo le queda la prueba de las urnas.

Madrid, Euskadi

SANTOS JULIÁ, *EL PAÍS*, 07/05/1995

Trigo castellano, textiles catalanes, hierro y acero vascos, carbón de Asturias y exportaciones agrícolas y mineras del sur, según Raymond Carr o, como escribe Richard Herr, aristócratas y terratenientes, manufactureros vascos y catalanes, promotores inmobiliarios, constructores de ferrocarriles y explotadores de minas: tal fue la base sobre la que se edificó la España contemporánea. La vieja teoría de que España ha sido gobernada desde la revolución liberal por una oligarquía procedente de la industria textil catalana, la siderurgia vasca y la agricultura castellana y andaluza es algo sumar la pero apunta: a una realidad: "Madrid" es el resultado de todo eso.

Más concretamente: Madrid- -ahora liberada de comillas- es incomprendible sin los vascos. Los vascos aparecían por doquier, ha escrito Ringrose del Madrid de los siglos XVIII y XIX, no sólo en el comercio y en la banca, sino en la distribución de herramientas y artículos de ferretería y otros utensilios de hierro; dominaban la venta al por mayor y al por menor de pescado fresco y conserva, de modo que el pescadero del barrio era casi por definición vasco. Y luego, entrado ya en el siglo XX, Josep Pla observará el rápido predominio, en un Madrid tradicionalmente ocupado por latifundistas, de un "capitalismo vasco (que) se ha enamorado de estos lugares y dice que quiere construir en ellos grandes edificios, rascacielos y otras construcciones funcionales". Como son gente "de una mentalidad tenaz y que tienen la cabeza dura como una piedra" serán capaces de todo, aventura Pla.

Sabía de qué hablaba: la capital de hoy es, en buena medida, un producto de esos vascos que después de la guerra europea "bullen por Madrid" con sus millones y su "soberbia insoportable", según los veía Azaña. Vasca una parte sustancial de la banca que inclinó hacia la calle de Alcalá el centro financiero de España; vasco el tendido eléctrico; vasco el Metro, impulsado por el Banco de Vizcaya y que encontró en Otamendi su más ardiente propagandista; vasco el diseño de la ciudad futura, que tanto debe a Zuazo y después a Prieto, un bilbaíno de adopción; vasca la construcción, con una nómina de arquitectos e ingenieros que

parece sacada de algún listín telefónico de Euskadi; vasca, aunque no sólo, desde luego, la vida cultural, incomprendible sin Urgoiti o sin Baroja, sin *El Sol* o sin *La lucha por la vida*. Por no hablar de los restaurantes, monopolio, con la banca, de los habitantes del País Vasco, como también, escribió Pla.

No son los que corren buenos tiempos para la lírica, pero hubo un poeta, republicano por cierto y fiel hasta su muerte a la causa de la República, que cantó a Madrid como "rompeolas de todas las Españas". A algunos sonará hoy algo cursi y hasta fascistón este verso, pero su autor fue Antonio Machado y con él sólo pretendía expresar algo que para su generación era un dato adquirido: que por historia, por morfología, por ser ciudad de inmigrantes, por la variedad de sus gentes, Madrid no tenía otra explicación que la de ser la gran plaza cultural y el crisol político en que bullían, se mezclaban y acababan por fundirse gallegos y valencianos, cántabros y castellanos, andaluces y vascos.

Pero eso ocurría cuando los vascos se daban a viajar y abandonaban el terruño para aventurarse por esos mundos de Dios. Ahora es distinto. Ahora, los que hablan en nombre del pueblo vasco no parecen guiados más que por el afán de marcar límites y fronteras, es decir, aquí yo, ahí tú. ¿El pueblo vasco sometido a Madrid? Pero, hombre, qué tergiversación y que desprecio por la historia. ¡Pero si Madrid no habría sido nada sin los vascos! Como vio Pla, más agudo que Arzalluz, Madrid no podría explicarse si el capitalismo vasco no se hubiera lanzado "a velas desplegadas a repartir dinero por la Península". Lástima que hoy, a falta de capital, los herederos de aquel pasado, destruyendo su memoria, prefieran lanzar sobre Madrid bombas o improperios.

Violencia en la calle

SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 25 de junio de 1995

Resulta ya inútil preguntar si acaso la celebración del entierro de los cadáveres de Lasa y Zabala como la razón y el sentimiento de sus familiares imponía, y no como decretó un juez, habría evitado la violencia vivida esta semana en Euskadi. Es sumamente probable que el ritual del entierro, ceremonia culminante de la solidaridad comunitaria y de sangre, se habría acompañado de violencia en cualquier caso, pero a nadie escapa que el recurso a la violencia, si el juez hubiera atendido las demandas de los familiares, habría aparecido entonces desnudo de voladuras ideológicas, como lo que es: una nueva forma de lucha política que el entramado de HB-ETA viene a añadir a su habitual recurso al terror.

La utilización sistemática de esta nueva arma acerca cada vez más la actual vida política de Euskadi a la situación de fondo vivida en la Segunda República. En ambos casos, un sistema de partidos muy fragmentado y polarizado, que sufre la presión de un fuerte partido antisistema, y una sociedad escindida en sus lealtades básicas, determinaron el hundimiento del marco de convivencia para la resolución pacífica de los conflictos. Una sociedad puede soportar un alto grado de conflictividad siempre que exista un acuerdo mínimo sobre las reglas que es preciso cumplir para encontrarle un cauce de solución. Pero cuando el sistema político se fragmenta y polariza y las clases sociales se escinden, desaparecen las reglas aceptadas por todos y el conflicto no sólo se vuelve irresoluble sino que se suscita, se provoca, con objeto de mostrar dónde radica la fuerza para establecer las nuevas reglas. Suena entonces la hora de la violencia colectiva en la calle.

Ésa fue la línea que se traspasó varias veces en los años treinta y ésta es la que está en trance de cruzar la política vasca. Desde que se quebró la "espiral del silencio" y muchos ciudadanos vascos,

arriesgando su integridad y hasta la vida, perdieron el miedo a salir a la calle y manifestar abiertamente sus preferencias políticas, los grupos abertzales antisistema no se limitan a servir de coartada al uso del terror sino que recurren a la violencia colectiva para mostrar que no hay reglas o que, si las hay, son irrisorias y se pueden vulnerar impunemente. Por ejemplo, cuando se niega a puñetazos a unos ciudadanos el derecho a manifestarse por una causa como la liberación de un secuestrado, o cuando se golpea e intimida a unos concejales por formar coalición para elegir alcalde, lo que se pretende no es únicamente impedir tal o cual manifestación o la elección de tal o cual alcalde sino extender por la sociedad la convicción de que quien no se arrodille ante los dictados de los grupos violentos corre un serio peligro ya que nadie será capaz de garantizar su seguridad.

Y aquí es donde Euskadi se juega su futuro. Pues lo que define a esta forma de acción colectiva es que su objetivo no consiste en obtener una determinada reivindicación sino en escindir a la sociedad de manera que, amedrentados por la superior osadía y demostración de fuerza del adversario, los demócratas vuelvan a cerrar la boca. La violencia no se limita entonces a un cómo para obtener un qué -como distingue jesuíticamente Setién para salvar el qué apartando sus limpias manos del cómo- sino que el cómo deviene qué; que los medios en política son los fines. Por eso, todo va a depender de que los ciudadanos que han vencido al miedo sientan a sus espaldas el aliento de unas instituciones políticas, de una policía y de unos jueces capaces de defender con ellos el orden de convivencia democrática. Pero si la policía fuera incapaz de detener y los jueces no pudieran procesar a presuntos delincuentes que exhiben sus puños y patadas ante cámaras de televisión, y a cara descubierta, con objeto de que todos sepan lo que les espera si no se pliegan a sus exigencias, entonces Euskadi será cada vez más como el huevo de esa serpiente que sirve de fondo y bandera a los rituales fúnebres de ETA.

Nación como religión

SANTOS JULIÁ, EI PAÍS, 17 de septiembre de 1995

Si un obispo español, titular de una diócesis castellana, pronunciara una conferencia titulada *Aportación cristiana al proyecto nacional español*, el acontecimiento constituiría un escándalo y daría lugar, con razón, a todo tipo de comentarios descalificadores: ya estamos otra vez con la Iglesia metida en cuestiones políticas, diría la gente. Pero si un obispo catalán, titular de una diócesis catalana, pronuncia una conferencia sobre la *Aportación cristiana al proyecto nacional catalán*, ¡ah!, entonces no sólo no hay escándalo, sino que ni siquiera hay acontecimiento: todos, comenzando por los mismos cristianos, lo reciben como lo más normal del mundo. Pero el hecho es, en su estricta naturaleza político-religiosa, idéntico: ambos obispos mostrarían que es posible platicar sobre una específica aportación cristiana a la construcción nacional.

El nacionalismo es un proyecto político que, en ocasiones, carece de suficiente vigor laico para imponerse democráticamente sobre el conjunto de una sociedad plural. Cuando esto es así, y en España siempre ha sido así, el aliento religioso viene en ayuda del proyecto nacional con objeto de aportar su contribución. La Iglesia educa a sus pechos -por decirlo con la vigorosa expresión de Menéndez Pelayo- "a la multitud de gentes colecticias" y las transforma en nación. Agradecidos, los nacionalistas suben en procesión a la ermita del santo o de la santa nacional para fundirse allí en un abrazo con los líderes religiosos en una ceremonia en la que nunca se acaba de saber qué es exactamente lo que se celebra, si el rito de una comunidad de creyentes o la exaltación de una nación cristiana.

Se comprende la perplejidad y consternación de los dirigentes del nacionalismo vasco al enviarles la Iglesia un obispo de tierra extraña. Cuando pusieron manos a la obra de la construcción nacional, los nacionalistas vascos tuvieron que rebuscar en el

acervo histórico disponible para decidir la forma y color de su bandera, los lugares de peregrinación, la fiesta nacional. Y lo que encontraron por todas partes fue a la Iglesia católica, su calendario y sus ritos. Único caso en el mundo en que el Domingo de Resurrección, una fiesta móvil, un no día fijo, es el día de la patria, los nacionalistas vascos se quedarían huérfanos de signos si la Iglesia les retirara los suyos... y los británicos les exigieran una indemnización por el estropicio causado a la cruz de San Andrés. De ahí esa mezcla de furia y desconcierto con la que han recibido al tal Blázquez.

En Cataluña, las cosas son de otro modo. Allí, la fiesta es como debe ser: un hecho de armas, peculiar, desde luego, porque se celebra una derrota, pero en esto cada cual es libre de exaltar lo que más contribuya a amar a la patria. Lo decisivo, para el caso, es que la fiesta puede prescindir de la salve a la Virgen. Pero, entonces, la Iglesia nacional catalana, desplazada del centro ceremonial, corre presurosa a decir: eh, oiga, que aquí tengo yo una "aportación cristiana" al común proyecto: la defensa de la lengua, los sagrados deberes de los cristianos hacia la patria y cosas por el estilo. Lo que importa es que los constructores de la nación se percaten de los muchos beneficios que para su propio proyecto resultarán de educar al pueblo cristiano catalán a los pechos de la Iglesia.

En España sabemos bien adónde ha llevado esa confusión: a identificar pueblo cristiano con nación española y a orientar no ya un etéreo proyecto nacional, sino la construcción entera de un Estado desde sus cimientos. No hace tanto tiempo aún que el episcopado español, entre el que no faltaban aguerridos pastores vascos y finos diplomáticos catalanes, se fundió con el Estado nacional franquista en el mismo afán exterminador de los virus antipatria. Tiempos pasados, ciertamente, pero si en el futuro hubieran de florecer en este viejo suelo naciones varias, que florezcan sin perfumes de sacristía: suelen ser mortales.